

EL REY DEL ABISMO

LA CORTE DE LOS
JUGLARES

Alejandro López

Nota del Autor

Querido lector:

¡Bienvenido a mi mundo! Quiero darte las gracias por unirme a esta comunidad y atreverte a cruzar el umbral hacia el universo del Rey del Abismo.

Soy Alejandro López, un escritor de alma y hueso. He dedicado mucho tiempo a explorar el lado oscuro de la naturaleza humana, dando vida a historias donde la Magia es compleja, los héroes son imperfectos y el destino de reinos enteros pende de hilos llamados Ambición, Mentira, Traición y Locura.

Este Prólogo es una pequeña muestra de la saga que hay detrás: cuatro trilogías interconectadas a través de un gran villano, un universo en constante expansión donde nada es lo que parece y cada decisión tiene consecuencias épicas.

Tú opinión es el arma más poderosa.

Ahora que estás a punto de sumergirte en este vasto mundo, mi mayor deseo es saber qué te parece.

Como sabes, estoy construyendo este universo paso a paso, y tu perspectiva es vital para darle forma al destino de esta saga. Si este breve adelanto ha capturado tu interés, te ruego que me lo hagas saber.

¿Tu misión?

1. Hacerme saber qué te ha parecido este Prólogo (el tono, el mundo, los personajes, la trama...) cualquier cosa reseñable.
2. Envíame tu reseña, comentario, duda o sugerencia directamente a:
alejandrolopez@elreydelabismo.com

Estaré encantado de leerte y de responder personalmente.

Disfruta del viaje y nunca olvides cuál es tu mayor deseo.

Atentamente, Alejandro López.

Síntesis

En los barrios bajos de Micenia, Emhyr ha crecido con la certeza de que la confianza es la mayor debilidad. Huérfano y ladrón en la red de burdeles de la Madame, solo podrá confiar en su don secreto que empieza a dominar, la capacidad de influenciar en la mente de los demás, y en su misteriosa amiga Lía, a quien solo Emhyr puede ver y escuchar. Cuando lo que conoce como vida se desmorona tras un intento fallido de estafa, el Magistrado de la Alianza de Gremios, Marek Salonair, lo intenta reclutar para su red de intereses y manipulaciones oscuras, sin saber que se convertirá en el objetivo de un juego a dos bandas.

En las altas esferas, Chester Maverick, el heredero de la casa Maverick, moverá sus hilos instigando una rebelión en contra de la pasividad con la que el Rey Inmortal maneja las causas sociales de los bajos fondos de Micenia, rompiendo la frágil estabilidad entre ambos mundos.

Mientras ambos protagonistas navegan por el peligroso juego del poder, los restos de la legendaria Corte de los Juglares se reorganizan bajo el mando del Rey de los Juglares con el mismo objetivo que hace quince años: la búsqueda del Tesoro de Micenia. Un misterio que se perdió por culpa de una traición que todavía escuece entre la banda. Un acto que condenó a Evan, hermano de Emhyr, y que parece estar extrañamente conectado con las maquinaciones de Marek Salonair.

Entre las intrigas políticas de la Alta Oligarquía y las lealtades rotas del bajo mundo, Emhyr y Chester deberán descubrir la magnitud de sus poderes e influencias antes de aprender que la traición es una moneda de doble cara.

Prólogo

Diluviaba en el castillo.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo.

—Tranquilo Gheist, tenemos todo bajo control, estamos preparados y gozamos de la protección del Rey de los Juglares. Nada puede salir mal.

—Por eso me preocupo, Vex —dijo Gheist, oculto bajo su capucha y agazapado mientras esperaba que la patrulla de la guardia de palacio doblara la esquina y dejara el camino libre hasta la cámara acorazada—. Si descubren que el Rey de los Juglares está detrás de todo esto... Seguidme.

Los cuatro hombres, agazapados, avanzaron por el amplio patio ocultos entre las sombras que proyectaban las antorchas sujetas en sus hacheros de hierro. El sonido de sus pisadas quedaba amortiguado por la fuerte lluvia que no paraba de caer.

Gheist encabezaba la marcha. Era un hombre de estatura media, fuerte y decidido. Había estado años planeando este golpe, el golpe que les haría ricos, los alejaría de la vida de delincuencia y subterfugio y les permitiría saldar su deuda con el Rey de los Juglares. Llevaba veinte años dedicándose al arte del robo, la estafa y el expolio. En realidad, había dedicado parte de su adolescencia y casi toda su vida adulta. Incluso cuando conoció a su mujer, se prometió a sí mismo que dejaría la banda y buscaría un oficio limpio. No era la primera vez que se mentía.

Detrás de él iba Vexxel, su mano derecha. Un hombre alto, esbelto, pero sin la fuerza física del resto de sus compañeros. Gheist y Vexxel se conocieron en su juventud cuando ambos, de forma totalmente independiente, coincidieron en dar el mismo golpe, la misma noche, el mismo modus operandi. Aquello les unió, y desde entonces, no ha habido estafa, atraco o huida, en los que no hayan estado juntos. Vexxel era unos pocos años más mayor que Gheist, más elocuente y menos impulsivo. Era el cerebro de la operación, se había preparado en cuerpo y mente para este momento durante toda su vida. Incluso antes de haber puesto un pie en el castillo, Vexxel ya sabía por dónde acceder, las rutas de las patrullas, el horario del servicio y las mejores rutas de escape. Siempre precavido y metódico, no dejaba nada a la improvisación; quizá por ello se complementaba tan bien con el jefe.

Con una sonrisa despreocupada bajo su capucha, siempre dispuesto y eufórico, caminaba Antilles; el hombre más grande y fuerte de la banda. Toda banda que se precie debía contar con un miembro astuto e ingenioso capaz de salir de casi cualquier situación; Antilles era todo lo contrario. Gheist lo encontró en un callejón tirado y borracho. Con pocas expectativas de futuro y ningún

lugar al que regresar. La banda se convirtió en su única familia, por la que daría su vida si hiciera falta.

El último en cruzar el patio fue Evan, el miembro más reciente de la banda; también era el más joven. Encapuchado como el resto, con una ballesta cruzada a la espalda, un par de dagas enfundadas en su cinturón y su equipo de herramientas colgado al hombro, Evan era el encargado de las cerraduras. No había celda, trampa o caja fuerte que se le resistiera. Tenía un don innato para abrir cualquier cosa; menos con las mujeres. Incluso para él, había cerraduras que eran imposibles de abrir sin las palabras adecuadas. Llevaba pocos meses en la banda. Gheist lo reclutó, otorgándole la protección del Rey de los Juglares para salvarlo de la deuda que tenía con otra de las bandas de la ciudad. Desde entonces, Evan se ganó su confianza y protección, y le permitió vivir en la guarida junto con su hermano pequeño, Emhyr.

—Evan, abre la puerta —ordenó Gheist—. Antilles, cubre el pasillo este. Vex, tú encárgate del oeste. Preparaos, el Tesoro está tras esa puerta.

Cuando Gheist dio la orden, Vexxel y Antilles ya estaban en sus posiciones. El primero, repasando en su mente los planos que había dibujado del castillo. Había memorizado cada pasillo, cada habitación, cada escondite. Y el segundo, armas en mano, esperaba ansioso afilando el filo de sus hojas. Las órdenes de Gheist fueron claras: nada de derramar sangre de inocentes. Entrar, coger el Tesoro de Micenia y salir sin dejar rastro de cadáveres. Eran una banda de ladrones, pero no unos asesinos.

Evan se agachó frente a la puerta, con su cabeza a la altura de la cerradura. Habría sido más fácil abrir la puerta si hubieran robado la llave a alguno de los guardias que patrullaba el perímetro, pero Gheist no quería asumir riesgos innecesarios y mandar la operación al traste demasiado pronto. Mientras Evan tuviera las herramientas adecuadas, podrían entrar en cualquier habitación. Sacó las herramientas de su bolsa de cuero: un par de ganzúas de acero, y comenzó a forzar la cerradura de la puerta. Unos segundos después, un chasquido de metal indicó que, una vez más, Evan lo había conseguido; la puerta estaba abierta. Estaban más cerca del tesoro legendario, tanto, que hasta podían saborear la libertad.

Cuando las puertas se abrieron, pudieron observar cómo, al final del corredor, delante de la caja acorazada, seis soldados reales bien armados y preparados defendían el Tesoro de Micenia.

—¡Mierda! —gruñó Evan—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esto no estaba planeado, Gheist —intervino Vexxel alarmado—. Se suponía que la guardia real había salido a escoltar la diligencia del rey. Y para colmo, estos no son de la guardia real, son la Brigada de Marfil. ¿Qué hacen aquí?

—Alguien ha debido de darles un chivatazo —comentó Antilles, preparando sus armas—. ¿Atacamos?

—¿Cómo se te ocurre? —objetó Vexxel—. Nos superan en número y, ¿has visto sus armaduras y el tamaño de sus armas? No podemos enfrentarlos. Será mejor que regresemos y preparemos otro golpe.

La Brigada de Marfil les intimidaba por su armamento y su poderío físico. Hombres corpulentos, entrenados desde su niñez para servir al rey y dar su vida para protegerle. Ser soldado no era su profesión, era su estilo de vida. Su sola presencia confirmaba ya esa leyenda. Nadie decía nada, pero miraban a aquellos soldados con cierto complejo de inferioridad, como si fueran algo más que simples hombres. Sin embargo, Gheist se mantenía tranquilo, en silencio; y si el líder se mantenía tranquilo...

—Gheist, la Brigada de Marfil es implacable. Si nos descubren...

—¿Implacable? —replicó Gheist, mirando a Vexxel directamente a los ojos—. No digas tonterías. Si a cualquiera de esos hombres lo llevásemos a los barrios donde tú creciste, a los cinco minutos lo encontrarían tirado en algún dique seco con todo su cuerpo apuñalado y sin un solo doblón en los bolsillos. Fuerte eres tú que sobreviviste a toda esa miseria y aquí estás, dispuesto a poner a prueba a las leyendas.

Aquellas palabras animaron a Vexxel y le robaron lo que parecía ser una sonrisa bajo su capucha, el resto de la banda se contagió del entusiasmo de su líder.

—¿Hacemos esto por gloria? ¿O por necesidad? —preguntó el segundo al mando.

—Por ambas.

La lluvia seguía cayendo con furia, como si el cielo quisiera borrar lo que estaba a punto de ocurrir.

Durante unos segundos, nadie se movió. La Brigada de Marfil permanecía inmóvil, como estatuas de acero, custodiando la cámara acorazada. No habían detectado a la banda aún, pero era cuestión de tiempo.

—La gloria está muy bien, Gheist, pero valoro más mi vida —insistió Vexxel, apelando al raciocinio del líder—. No superé toda esa miseria arriesgando mi vida en peleas que no podía vencer.

—Entonces improvisamos —dijo Gheist, y se giró hacia Evan—. Había otra entrada, ¿verdad?

Evan dudó. Miró la estructura del pasillo, los muros, las juntas de piedra. Luego asintió.

—Hay una entrada oculta tras el cuadro del Rey Inmortal en el piso superior, dentro de los aposentos del rey. Da acceso al pasadizo de huida que tiene la familia real para momentos de asedio. Si tenemos suerte, nos dejará justo encima de la cámara.

—¿Y cómo es que no conozco yo esa entrada secreta? —objetó Vexx molestoso.

—Porque tus planos eran antiguos —contestó Evan, encogiéndose de hombros—. El rey mandó reformar las vías de evacuación después del incendio que arrasó las dependencias del difunto príncipe Renaud.

Vexxel suspiró resignado. Gheist posó su brazo sobre el hombro de Evan. La decisión estaba tomada.

—Vexxel, tú y Antilles id por el pasillo principal. Haced ruido, pero no atacéis. Solo distraedlos. Evan y yo iremos por la entrada oculta.

—Esto es una locura, Gheist. ¿Y si nos derrotan?

—Entonces que sea rápido. Sin sangre innecesaria.

Los hombres se separaron. Vexxel y Antilles avanzaron por el pasillo, dejando que sus pasos resonaran. Lanzaron un par de bombas de humo que llevaban en sus cinturones. El chasquido y el humo espeso, hicieron que el soldado más cercano a su posición girara la cabeza. Luego otro. La Brigada se tensó.

—¿Qué es esto? —gritó uno de ellos entre tosidos.

Una daga salió disparada de entre la cortina de humo. Los reflejos sobrenaturales de aquellos soldados hicieron que el brazo que sostenía el escudo se moviera con voluntad propia y bloqueara el proyectil. Aquella daga no pretendía ser letal, solo ofrecer una distracción para que Antilles saliera corriendo de entre el humo y se abalanzara sobre el soldado, clavando sus hojas en la apertura que tenía la armadura entre el hombro y el cuello, provocando una riada de sangre que empezó a extenderse por todo el pasillo.

—Menos mal que solo teníamos que distraerlos... —suspiró Vexxel, llevándose una mano al rostro.

Mientras tanto, Gheist y Evan se deslizaban por un pasillo lateral hasta alcanzar un ventanal abierto. La lluvia golpeaba con furia, como si el cielo quisiera borrar sus huellas. El alfeizar estaba resbaladizo, su visión era limitada y la noche era una masa de sombras líquidas.

De sus cinturones, sacaron sus pistolas de gancho. Apuntaron al torreón del ala del rey. Dos disparos. Dos cables silbaron en la oscuridad y se anclaron con un chasquido metálico.

Gheist y Evan apoyaron sus pies contra las paredes mojadas y empezaron la escalada. A mitad de camino, el pie derecho de Evan patinó, precipitando al joven al vacío. Pocos metros de

caída después, Evan consiguió estabilizarse y aferrarse contra la estructura. Se había salvado por los pelos.

—No mires abajo, chico —le espetó Gheist varios metros por encima de él.

Evan, por supuesto, miró hacia abajo, hacia el fondo del patio. El patio se extendía a sus pies como una piscina de tinta negra, como un abismo sin fondo. Cuando un hombre mira directamente al Abismo, este le devuelve la mirada. Sintió que algo lo llamaba desde allí abajo, algo antiguo y hambriento.

Y entonces trepó. No por valentía, sino por puro instinto de supervivencia. Como si huyera del mismísimo Abismo.

El humo aún no se había disipado cuando la Brigada de Marfil reaccionó como una sola entidad. Sus movimientos eran precisos, casi coreografiados, como si compartieran una mente colmena. El soldado herido cayó de rodillas, pero sus compañeros no mostraron emoción. Solo eficiencia.

—¡Antilles, a la izquierda! —gritó Vexxel, desenvainando su sable de filo curvo.

Antilles giró sobre sí mismo, esquivando una lanza que buscaba su costado. Su respuesta fue una estocada rápida al muslo del atacante, pero la hoja rebotó contra la armadura. Maldijo entre dientes.

—No hay puntos débiles —gruñó—. ¡Son invencibles!

—Entonces apunta a las juntas. O reza al Absoluto.

Uno de los soldados se abalanzó sobre Vexxel con una fuerza brutal. El impacto lo lanzó contra una columna, haciéndole perder el aliento. Rodó a un lado justo a tiempo para evitar una estocada que habría partido su cráneo en dos. Desde el suelo, disparó una bengala cegadora. El destello hizo que dos soldados se tambalearan, su visión momentáneamente cegada.

Antilles aprovechó la oportunidad. Saltó sobre uno de ellos, clavando su cuchillo en la abertura de la axila. El soldado cayó con un crujido metálico. El otro, con la visión limitada, lanzó una ráfaga de tajos horizontales. Antilles se agachó, pero uno de los tajos le rozó el hombro, abriendo una herida que empezó a sangrar de inmediato.

—¡Esto no es una distracción, es un suicidio! —bramó Vexxel, de nuevo en pie, con la capa hecha jirones.

—¡Entonces muramos con honor! —respondió Antilles, con una sonrisa manchada de sangre.

La Brigada avanzaba, implacable. Pero cada segundo que ganaban era oro para los otros dos.

Gheist y Evan llegaron al torreón empapados, jadeando por el esfuerzo. El ventanal del pasillo superior estaba abierto, y el viento aullaba como un animal herido. Entraron con cuidado, los pies mojados dejando huellas sobre la alfombra real.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó Gheist, escaneando la sala.

Evan señaló una puerta al fondo. Atravesaron la puerta y entraron en una habitación decorada con lujo y ostentosis. Siguieron avanzando cruzando habitaciones hasta que llegaron a la habitación más profunda del castillo, la del Rey Inmortal.

Los aposentos del Rey Inmortal se alzaban como un santuario profanado por el tiempo. Columnas de mármol sostenían un techo abovedado y tapices descoloridos narraban gestas que ya nadie recordaba. El aire dentro de la cámara era tan gélido que cada respiración se convertía en una nube de vaho blanca, suspendida unos segundos antes de deshacerse en la penumbra. El frío no era natural: no venía de las piedras húmedas ni de la lluvia que aún empapaba sus ropas, sino de algo más profundo, como si la sala estuviera drenando el calor de sus cuerpos.

—Esto no me gusta —murmuró Evan, frotándose los brazos. La piel se le erizó al instante, como si miles de agujas invisibles lo atravesaran.

El silencio era absoluto, roto solo por el crujido de la madera de los muebles antiguos, que parecía gemir bajo el peso de siglos congelados.

Pero lo que dominaba la estancia era el cuadro. El retrato del Rey Inmortal colgaba en la pared central, enorme, casi desproporcionado. No mostraba la majestuosidad que Evan esperaba, sino una figura marchita, con la piel pintada como si fuera un pergamino podrido y unos ojos que parecían más reales que cualquier pincelada. Brillaban con una luz húmeda, espectral, como si observaran desde otro mundo. La pintura exhalaba un aliento helado que se extendía por el suelo como una neblina baja, reptando hacia sus pies.

Gheist sintió cómo las botas se le pegaban a la alfombra húmeda, como si el tejido quisiera retenerlo.

—Atrás. No sabemos qué es esto.

Los ojos del retrato se abrieron de golpe. Un viento helado barrió la sala, apagando las lámparas de aceite y dejando la estancia en penumbra. No era un viento normal: olía a hierro oxidado y a tumba abierta. La piel de Evan se tensó, el frío le mordía los huesos, y por un instante creyó que su sangre se había vuelto hielo.

El murmullo espectral del cuadro resonaba en sus oídos como un coro lejano, pero cada palabra era un cuchillo de escarcha que les atravesaba el cráneo. Gheist apretó la mandíbula, sintiendo cómo el aire helado le quemaba los pulmones con cada inhalación.

Las pinceladas comenzaron a desprenderse del lienzo, deshilachándose en jirones de sombra que se alargaban como dedos espectrales. Cuando la mano espectral del Rey Inmortal salió del cuadro, el frío se volvió insoportable. No era solo la temperatura: era la sensación de que el tiempo mismo se había detenido, que el calor, la vida y la esperanza habían sido arrancados de la sala.

Gheist consiguió esquivar el ataque, pero Evan, paralizado por el frío y el miedo, no tuvo tantos reflejos. La garra lo atrapó y, al igual que estaba pasando con la atmósfera de la sala, su esencia vital también estaba siendo drenada. Lentamente comenzó a palidecer, primero sus manos, blancas y decrepitas; después su pecho, cada vez más escuálido; y finalmente su rostro, consumido por la energía oscura quedó completamente chupado, con la piel pegada a los huesos.

—¡Evan! —rugió Gheist, desesperado. Desenvainó sus dagas y cortó el aire, inútil contra aquella fuerza fantasmal.

Finalmente, decidió aferrarse a Evan y arrancarlo con todas sus fuerzas de aquella garra. Cada tirón era un pulso contra lo imposible: la garra se cerraba más, hundiéndolo en un abrazo de hielo y muerte. El esfuerzo era sobrehumano, y el contacto con aquella energía fantasmal le quemaba la piel, necrosando aquellas partes que tocaban, dejándolas muertas, negras, como cuero quemado pegado al hueso.

Pero su voluntad era mayor que el dolor. No abandonaría a un miembro de su banda, no otra vez, no en aquel lugar. Con un rugido de pura rabia, arrancó a Evan de la garra. El cuerpo del joven cayó al suelo, y lentamente la palidez extrema fue cediendo, recuperando su vitalidad.

Gheist lo levantó sin vacilar y lo arrastró fuera de la cámara. El cuadro seguía latiendo en la penumbra, sus ojos encendidos, vigilantes, como si el rey mismo hubiera estado allí, atrapado en el lienzo, defendiendo su secreto con una furia espectral que no conocía descanso.

Gheist avanzaba con Evan a rastras, ambos empapados y exhaustos, cuando un eco de pasos metálicos les obligó a detenerse. Al girar la esquina del pasillo, se toparon con Vexxel y Antilles, también en retirada, cubiertos de sangre y hollín. Los cuatro se miraron en silencio, comprendiendo que la huida era lo único que les quedaba.

—¡Por aquí! —susurró Vexxel, señalando un pasillo estrecho.

Se deslizaron dentro, ocultándose tras columnas derruidas. Los cuatro soldados que aún les perseguían pasaron de largo, sus armaduras resonando como campanas de hierro. La banda contuvo la respiración hasta que el sonido se desvaneció en la distancia.

El silencio volvió, pesado. Gheist apoyó a Evan contra la pared; el joven aún temblaba, pero sus ojos brillaban con una determinación extraña. Antilles se dejó caer al suelo, jadeando, mientras Vexxel limpiaba la sangre de su sable.

—Estamos acabados —gruñó Vexxel—. El golpe ha fracasado. Solo nos queda salir con vida.

—No podemos irnos con las manos vacías —interrumpió Evan, su voz todavía débil—. Hemos llegado demasiado lejos. El Tesoro de Micenia está ahí, detrás de esas puertas. Si nos vamos ahora, todo habrá sido en vano.

Gheist lo miró con dureza, dudando. La lógica decía que huir era lo sensato, pero la rabia de perderlo todo le quemaba por dentro. Antilles asintió con desgana, como si la idea de retirarse le resultara insoportable.

—Un golpe fallido se repite —insistió Vexxel—. Un golpe suicida no.

Evan se incorporó, más erguido de lo que parecía posible en su estado. Sus manos temblaban, pero sus palabras hablaban directamente al corazón de la Corte de los Juglares:

—¿Queréis ser recordados como los que huyeron? ¿O como los que robaron el Tesoro de Micenia?

El silencio se quebró. Gheist apretó los dientes y finalmente asintió.

—¿Estás seguro, Evan? ¿Puedes con la cerradura?

Evan asintió con la cabeza. Todavía sentía su cuerpo debilitado, pero no podía fallar a la banda. No estando tan cerca del tesoro legendario.

—Bien, chicos. Este es el plan: iremos a la cámara y robaremos el Tesoro de Micenia. La Corte de los Juglares será recordada como la banda de ladrones más memorable de la historia. Se cantarán canciones en nuestro honor, se escribirán libros con nuestra historia —Gheist abrazó a sus compañeros y juntaron sus cabezas—. Hoy será el día en el que el Rey Inmortal nos recuerde para siempre.

Los hombres se miraron con una determinación renovada, incluso Vexxel parecía optimista. Todos asintieron. Seguirían a Gheist incluso hasta las mismísimas puertas del Abismo si él se lo pidiera.

Se dirigieron de nuevo a la sala de la cámara acorazada, ahora vacía; los guardias habían abandonado el puesto para perseguir a Vexxel y a Antilles. El eco de sus pasos resonaba en la estancia, y el aire olía a hierro y humedad.

Evan se arrodilló frente a la cerradura, sacando sus herramientas. Sus dedos, aunque aún débiles, se movían con precisión.

—Rápido, Evan —apremió Gheist, con las dagas preparadas.

—Dadme tiempo —susurró.

Gheist, Vexxel y Antilles se posicionaron alrededor, atentos, esperando el regreso de los guardias. La tensión era un hilo a punto de cortarse.

El estruendo de pasos metálicos volvió a llenar el pasillo. No eran solo los cuatro soldados que les habían perseguido: ahora eran muchos más, una docena de armaduras relucientes que avanzaban como una muralla de acero. Y tras ellos, emergiendo de la penumbra, apareció el verdadero Rey Inmortal. No era el espectro marchito del cuadro, sino un hombre joven, vital, con una mirada que ardía como fuego eterno.

—El rey... —susurró Vexxel, incrédulo.

La Brigada de Marfil se desplegó con precisión, cerrando cada salida. Gheist levantó sus dagas, Antilles sonrió, y Vexxel se colocó en guardia. No podían vencer, pero podían ganar tiempo.

—¡Evan, rápido! —rugió Gheist.

Las manos de Evan temblaban, pero trabajaban con una rapidez febril. Mientras tanto, la banda se enfrentaba a la avalancha de acero. Antilles clavó su cuchillo en una junta de armadura, arrancando un grito. Vexxel bloqueó una lanza con su sable curvo, retrocediendo. Gheist recibió un tajo en el hombro, pero se mantuvo firme. El rey observaba, impasible, como si todo fuera parte de un espectáculo preparado para él.

Cada golpe resonaba como un trueno, cada impacto los empujaba hacia el límite. En la mente de Evan, concentrado en su fina labor, el sonido del enfrentamiento llegaba amortiguado. Gritos, choques de acero, órdenes. La Corte de los Juglares resistía con angustia, pero confiaba en Evan. Siempre habían confiado en Evan.

—¿Cuánto falta? —gritó Gheist desesperado. Estaba al límite de sus fuerzas. Vexxel no estaba mucho mejor. El único que parecía disfrutar era Antilles, a pesar de haber sido herido en varias ocasiones. El tiempo se les estaba agotando.

—Ya casi está —gritó Evan, sudando, mientras las ganzúas chirriaban contra el mecanismo.

Un último giro. Un chasquido metálico. La cerradura cedió justo cuando la Brigada estaba a punto de aplastarlos. Gheist empujó la puerta y todos se precipitaron dentro.

—¡Rápido! —gritó Gheist, dirigiendo a sus compañeros hacia el interior de la cámara. Lanzó una bomba de humo y aprovechó la distracción para deslizarse en último lugar hacia la cámara. La Brigada de Marfil no les siguió, el Rey Inmortal tenía otros planes para ellos.

La cámara acorazada se abrió ante ellos como un sueño imposible: montañas de oro, joyas que brillaban con luz propia, cálices, coronas, espadas engastadas en gemas. La riqueza era inimaginable, un océano de tesoros que cegaba la vista. En el centro de la sala, situado sobre un pedestal de mármol que brillaba con el reflejo de las montañas de oro, el Tesoro de Micenia. Un cofre del tamaño de un puño les aguardaba.

Antes de abalanzarse sobre el Tesoro, Gheist sondeó con perfecta minuciosidad el pedestal sobre el que reposaba el cofre. No había trampas.

—Lo hemos conseguido, muchachos —jadeó Gheist visiblemente emocionado—. Juntos, lo abriremos juntos.

Al unísono, liderados por Gheist, abrieron el cofre que prometía la gloria. Varias décadas de planificación e innumerables sacrificios a sus espaldas para llegar a este momento. La Corte de los Juglares podía saborear por fin la recompensa. El tesoro que nadie conocía. El mito hecho realidad.

Abrieron el cofre, levantaron la tapa superior y... Nada, dentro del cofre no había nada.

Las caras de los cuatro ladrones se desencajaron, la decepción dominando sus rostros.

—¿Dónde está? —susurró Gheist, con la voz quebrada.

—Esto no tiene sentido —dijo Vexxel, recorriendo la sala con la mirada—. El cofre está vacío. No hay huellas. No hay señales de lucha. Alguien se nos ha adelantado.

—¿Cómo? —gruñó Antilles—. ¿Alguien ha robado el Tesoro antes que nosotros?

Vexxel se detuvo. Miró a Evan, que inspeccionaba el cofre con gesto concentrado, buscando un falso fondo. Nada.

—¿Evan, estás seguro de que esta era la cámara?

—Sí... sí, claro. Es lo que decía el plano que me diste. El acceso, la estructura... todo encaja.

—¿Y cómo sabías lo del cuadro? —preguntó Vexxel, sin levantar la voz—. En mis planos no aparecía. No tenía ni idea de que existía. ¿Qué pasó allí?

—Sí, Vex —mintió Evan, su voz temblorosa—. Lo marcaste tú mismo. El cuadro estaba encantado. No pudimos pasar.

Gheist se giró hacia Vexxel.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada. Solo que esto huele mal. Muy mal.

Un chirrido continuado interrumpió la conversación. La puerta de la cámara comenzó a moverse, las paredes empezaron a temblar. Los cuatro se giraron al unísono.

—¡No! —gritó Antilles, corriendo hacia la puerta—. ¡Se está cerrando!

Con un esfuerzo titánico, Antilles trató de empujar la puerta en dirección contraria al movimiento lento pero imparable que recorría la pesada estructura. Aguantó todo lo que pudo hasta que su brazo derecho se quebró. El crujido de los huesos fue solapado por el chasquido de la puerta al sellarse. El golpe sordo de la cerradura reforzada fue solapado por el silencio. Toda la habitación retumbó.

Gheist la golpeó con el puño. Nada. Ni un resquicio. Ni una hendidura.

Vexxel sacó la última bengala que le quedaba, la encendió e iluminó la sala.

—¿Qué demonios...?

Entonces, un leve silbido comenzó a llenar la sala. Un gas, invisible pero denso, empezó a emanar desde las juntas del suelo, propagándose por toda la cámara.

—¡Es una trampa! —rugió Vexxel—. ¡Cubrid vuestras caras!

Gheist se envolvió con su capa. Vexxel buscó en su bolsa, pero no llevaba nada útil. Antilles ni siquiera pudo improvisar con su manga, el dolor de su brazo roto le impedía pensar con claridad. Evan, en cambio, se colocó una máscara de gas. Negra, discreta, con filtros laterales. Nadie lo había visto guardársela en la guarida cuando hicieron los preparativos.

—¿La tenías desde el principio? —preguntó Vexxel, con la voz ya debilitada.

—Por si acaso... —respondió Evan, sin mirar a nadie, ajustándosela al rostro.

El gas se intensificó. Los cuerpos empezaron a tambalearse. Antilles cayó primero, como un gigante derrumbado. Gheist se apoyó en el pedestal, jadeando. Vexxel se arrodilló, luchando por mantener la conciencia.

Y entonces lo vio.

La puerta se abrió, el aire disipó débilmente la humareda. A través de la neblina, una figura elegante apareció junto a Evan. Alto, con capa de terciopelo, guantes blancos y una sonrisa serena. No era el Rey Inmortal, su cara era inconfundible. Era alguien distinto. Le tendió la mano.

Evan dudó. Se retiró la máscara. La expresión que alcanzó a ver Vexxel, antes de que sus ojos se cerraran, fue la de la culpa y el arrepentimiento. Aun así, Evan estrechó la mano.

Vexxel intentó gritar, pero su voz se perdió en el gas. Su visión se nubló. El pedestal se desvanecía. El suelo parecía alejarse.

Antes de perder el conocimiento por completo, solo pensó una cosa:

“Qué irónico. El Tesoro que prometía ser nuestra libertad, se ha convertido en nuestra prisión”.